B-14

EL PROTOMARTIR de ASTURIAS.

POR EL P. FR. PAULINO ALVAREZ.

CV. I. 24

EL PROTOMÁRTIR DE ASTURIAS.

CV-I/24

VIDA Y MARTIRIO

DEL VENERABLE OBISPO

FR. MELCHOR GARCÍA SAMPEDRO

DE LA ORDEN DE PREDICADORES

VICARIO APOSTÓLICO DEL TUNG-KING CENTRAL

Martirizado en Nandinh el año 1858.

POR EL

P. Fr. Paulino Alvarez

DE LA MISMA ORDEN

INSTITUTO DE ESTUDIOS

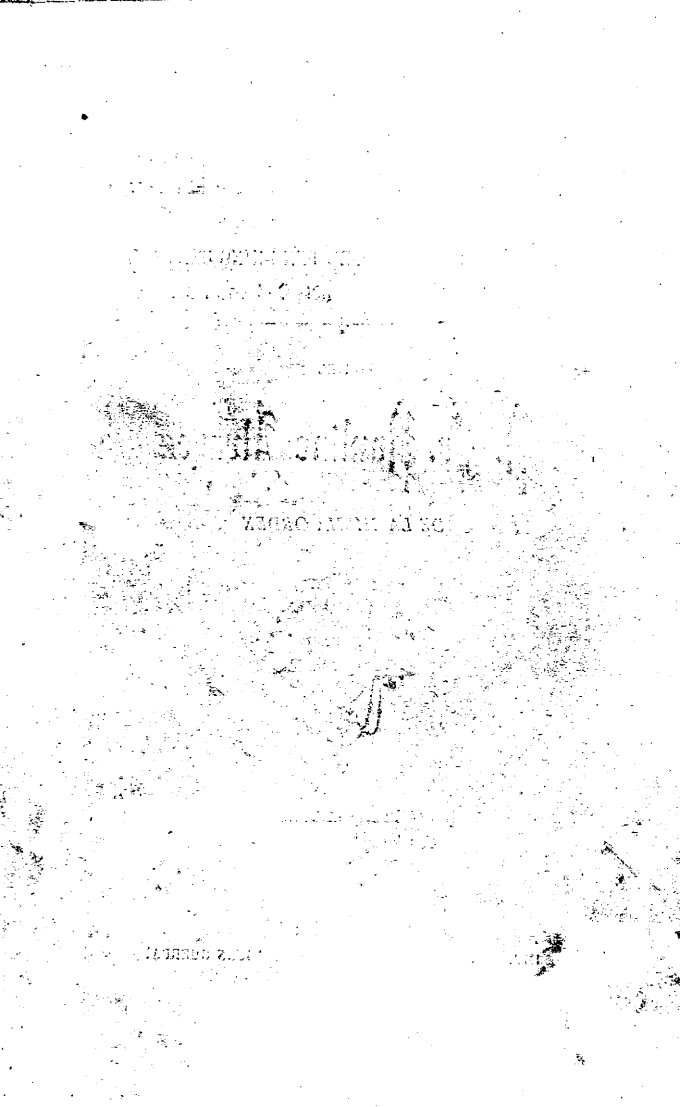
Con las debidas licencias.

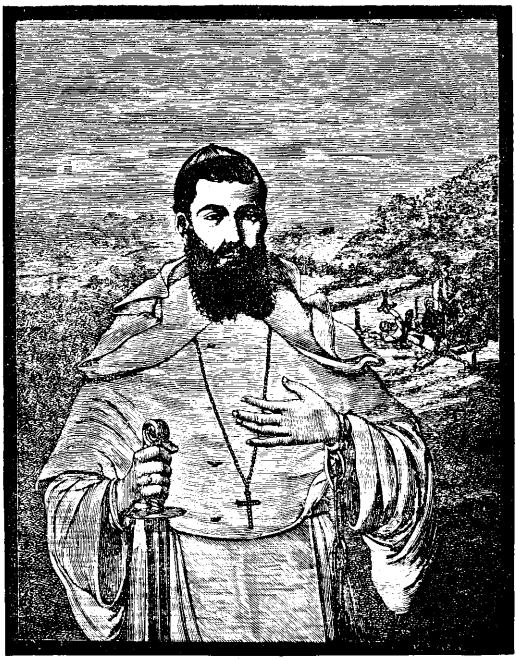
PALENCIA:

IMP. DE SANTO DOMINGO Á CARGO DE JUAN GUERRA.

1889.

R.636

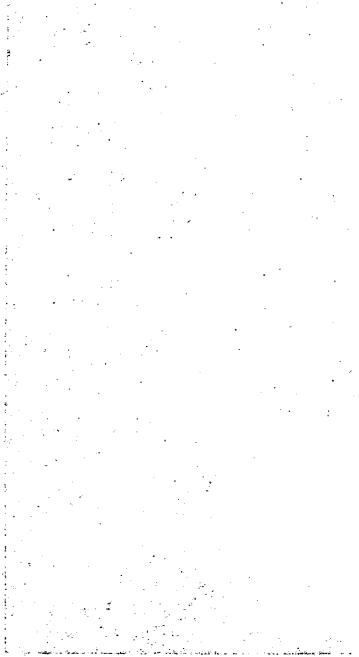




ILMO. Y RMO. SR. D. FR. MELCHOR GARCÍA SAMPEDRO,

Vicario Apostólico del Tung-King Central.

Martirizado por la Fe de Cristo en Nandinh el día 28 de Julio de 1858.



A MI QUERIDA ASTURIAS.

EGOCÍJATE, querida patria mía, solar de noblezas, madre de España, hidalgo Asturias: porque ha amanecido para tí un nuevo día de inmensa gloria. Levanta orgullosa tu frente, tan clara con el brillo de tus inmortales guerreros, de tus afamados sabios, de tus esclarecidos literatos, de los antiguos legendarios varones que te dieron nombre eterno. Sobre ese brillo, con ser tan grande, fulgura otro, que es inefable, porque viene del cielo. Es la misma gloria de Dios descendiendo sobre el mártir Fr. Melchor, y del mártir cayendo en cascadas luminosas sobre tus montañas y tus valles.

¿Te enorgullecías, y con razón, de tus guerreros, y sabios, y artistas? Pues más grande que un guerrero conquistador que, rodeado de valientes, hace sucumbir ejércitos y extiende los dominios de la patria, es un apóstol que, errante por montes y pueblos salvajes, sin más comitiva que su corazón esforzado, lucha día y noche, sin cuartel y sin reposo, con turbas fieras, rinde y trasforma sus corazones, cambia sus odios en amores y sus amores en odios, pule sus costumbres, y de salvajes las torna hijos de Dios, herederos del cielo.

Más grande que todos los sabios que con su mirada miden la altura y anchura de los cielos, cuentan los astros, sorprenden los secretos de la tierra, descubren el seno de los mares y ponen ley á los

indomables elementos, lo es el apóstol que en alas de su fe atraviesa los mundos etéreos, se sienta frente al trono de Dios, contempla sus atributos divinos, escucha cómo palpita su corazón, recorre las jerarquías angélicas, desciende después á los abismos y aparece por fin ante los mortales predicándoles el *Evangelio eterno*.

Más grande que aquellos bienhechores de la humanidad que fundan casas donde se abriga el desamparado y se sustenta el hambriento, lo es el apóstol que cuanto es y tiene lo sacrifica sin reserva, su sangre, su amor, su vida, en beneficio de los cuerpos y de las almas.

Más grande que los hábiles artistas é inspirados inventores que al mundo prodigan maravillas del genio, lo es el apóstol, divino tallista de las almas, á las cuales da colorido divino, les proporciona industria incorruptible, y con su ejemplo les inventa, esto es, les abre los desconocidos caminos de su bienaventuranza.

Cualquier hombre glorioso, por esos títulos, que se mencione en Asturias, podremos con razón decir: Más que él lo es el *apóstol y mártir Fr. Melchor García Sampedro*.

Y no solamente en la tierra, mas también en el cielo tiene el mártir prerogativa singularísima, como más parecido que es al divino Mártir del Calvario. Nuevo título de orgullo santo para mi amada Asturias.

La Iglesia invoca á los mártires antes que á los confesores y á las vírgenes: y el Apocalipsis nos presenta el coro de los purpurados con su sangre más alto que todas las tribus de Israel. «Más arriba de estas tribus, dice San Juan, ví una multitud innumerable de todas las naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas, frente á frente del trono de Dios y en presencia del Cordero. Vestían túnicas blancas, y en sus manos llevaban palmas. Y al cantar éstos alabanzas al que estaba en el trono y al Cordero, los ángeles y arcángeles cayeron sobre su frente y adoraron á Dios. Esos son los que pasaron por grandes tribulaciones y lavaron sus vestidos en la sangre del Cordero. Por eso están frente al trono de Dios y le sirven día y noche; y Dios habita en ellos, y el Cordero los rige y lleva á la fuente de las aguas.»

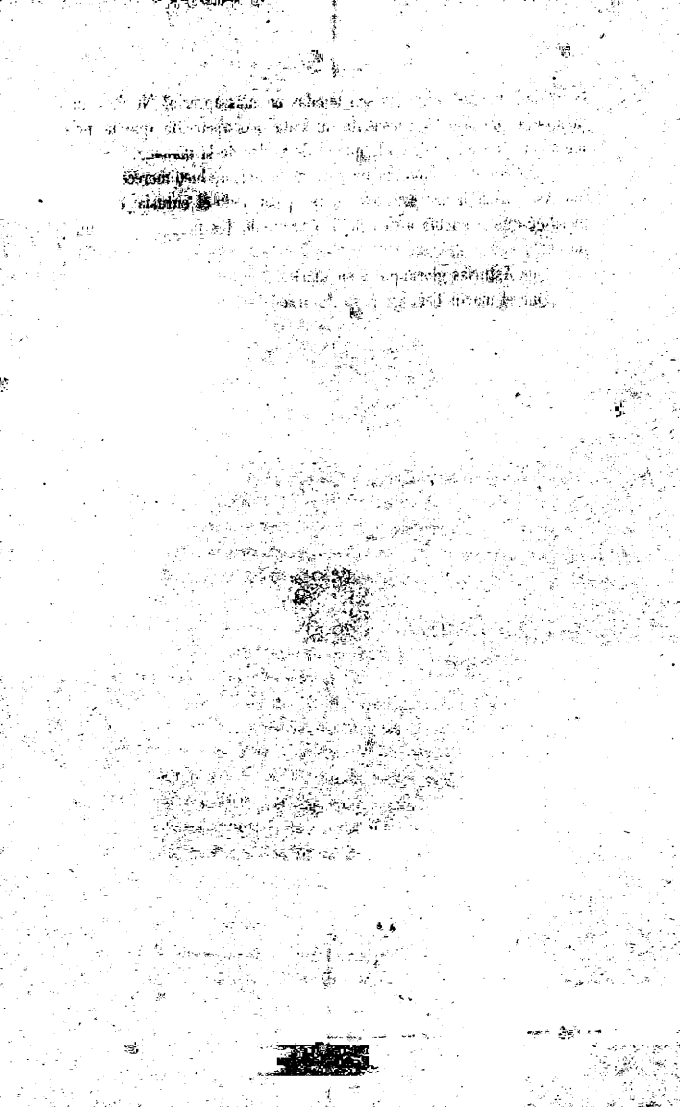
Aun hay más. Fr. Melchor no solamente es mártir, y encumbrado por lo tanto, según piadosamente creemos, á los primeros coros de la gloria, sino que es el primer mártir conocido de Asturias. ¿No

es verdad que las primicias son tenidas en más aprecio? No hay luz más pura que la del sol naciente, ni fruta más apetecida que la primera, ni aroma más delicado que el de la flor de la mañana.

Como apóstol, como mártir y mártir primicia, bien merece, pues, que Asturias le honre con toda pompa y con todo el entusiasmo religioso en que el pueblo asturiano á ninguno de los pueblos del mundo cede.

¡Que Asturias glorifique á su mártir!

¡Que el mártir bendiga á su Asturias!



EL NIÑO.

En uno de los más hermosos valles de la hermosa Asturias, entre esas empinadas montañas que al alma enderezan al cielo, en esas cañadas donde, en forma de blanda cuna, se mece tranquilamente el mortal mirando á la futura patria, vino á la luz del mundo, el día 29 de Abril de 1821, dedicado al mártir dominicano S. Pedro de Verona, el venturoso niño, el ardiente misionero, el venerable obispo, el valeroso mártir Fr. Melchor García Sampedro.

Llámase su pueblo natal San Pedro de Arrojo, en el Concejo de Quirós, y fueron sus benditos padres Juan y Josefa, de modesto linaje, pero de fe absoluta y de costumbres patriarcales, al modo de nuestros antiguos asturianos, modelos perdurables de honradez y candorosa inocencia.

Presintiendo quizá algo de la gloria que había de circundar la frente de su predestinado niño, soltáronle de su regazo para dejarle emprender carrera literaria en la Universidad de Oviedo, donde hizo notabilísimos progresos como estudiante, y donde se conquistó el amor y reverencia de sus compañeros y profesores, por su apacibilidad y virtud dulcísima.

Como joven modelo, le dió beca en el Colegio de S. José el Cabildo Catedral: gracia que él pagó entonces en demasía con la ejemplaridad de sus virtudes y paga hoy con la gloria de mártir que sobre Cabildo y Colegio refluye. Y como estudiante aventajado le confirió gratis el Claustro de la Universidad, en premio de su aplicación, el grado del bachillerato en teología.

Desde su cuna y en todos los días de su niñez era Melchor una imagen viviente de candor, docilidad y piedad embelesante. Costumbre suya era, después de cumplir con el estudio, visitar las iglesias, frecuentar los sacramentos y postrarse á menudo ante la imagen de la Reina de los mártires, la Virgen de los Dolores, de la cual se inscribió amante cofrade. ¡Había de ser tan semejante á ella!... Las profanas diversiones le causaban nostalgia: el mundo con sus devaneos le era insoportable; las ligerezas de la juventud le herían el alma.

Las simpatías de sus compañeros, las generosidades del Cabildo, los honores del Claustro universitario enternecían su corazón agradecido, pero no llenaban su alma, donde anidaban aspiraciones de héroe. El mundo entero, con la perspectiva de todas sus sonrisas y futuros honores, era para él no más que un grano de leve arena.

En aquellos días corrían por España noticias de escenas sangrientas en los apartados reinos infieles de Tung-King. Millares de cristianos, y con ellos misioneros españoles, morían bárbaramente martirizados: unos cocidos, otros abrasados, otros decapitados, otros descuartizados, otros aplastados, otros de hambre y miserias. La persecución seguía con todos sus horrores causando sinnúmero de víctimas.

De España iban nuevos apóstoles á ocupar el puesto de los martirizados, ganosos de igual triunfo. Entre ellos había salido de Oviedo el venerabilísimo Fr. Miguel Calderón, obispo después en Fokien, hombre célebre en toda la China. El ansia de ir á morir crecía á medida de la saña de los verdugos. La era antigua de los mártires se había renovado con no menor crueldad desde el año 1826.

Oyó esto el joven Sampedro: sintió su corazón palpitar de envidia santa: ardió su alma en celo del Señor; y un día que se vió abrasar más de lo acostumbrado, propuso en su corazón atravesar los mares é irse á morir por el Dios perseguido en el imperio anamita. Supo que el único punto donde se reclutaban los atletas de Cristo era el colegio de dominicos de Ocaña, y allá se fué apresurado á pedir puesto en las filas de los futuros mártires.

Su alma se hinchó de júbilo cuando el día 16 de Agosto, (dedicado al infatigable misionero del norte S. Jacinto, de la misma Orden) en el año 1845, se vió cubierto con la blanca librea de los guzmanes, que poco después había de enrojecer con su sangre generosa; y más aún

cuando el 18 del mismo mes en el siguiente año refrendó su consagración al Señor para servirle irrevocablemente hasta la muerte.

Cuéntase de él que su vida en el noviciado fué tan pura y fervorosa, que no parecía sino continua preparación y merecimiento del martirio. «Yo que tuve la dicha de vestirle el santo hábito, dice el P. Rivas (1), soy testigo de su vida fervorosa é inocente.» Y el Padre Fr. Blas Corbera, su Maestro de Novicios, no hallaba palabras para ponderar su modestia, dulzura, humildad y fervor. «Parece, decía, que desde su niñez se ha educado en el claustro. Con verdad se puede decir que es un ángel.»

(1) *Idea del imperio de Annám*, pág. 317

EL MISIONERO.

L 7 de Marzo de 1848, dedicado al gran Doctor Dominicano Santo Tomás de Aquino, se lanzaba á las olas en el puerto de Cádiz, fijos sus ojos en el Tung-King, campo de los mártires. El ardor de su pecho de apóstol no bastaban á mitigarlo ni las brisas ni las tormentas del Océano. Era un ardor que sólo se apagaba con sangre. Cerca de cinco meses duró la navegación, en barco de vela, de España á la Oceanía, sufriendo en ella no pocos sobresaltos, privaciones y agonías á causa de las tempestades.

¿Qué hacía él entretanto, ó cuáles eran sus pensamientos? Mientras, en los días de plácida calma y de cielo sereno, la tripulación salía á cubierta á contemplar el sol bullendo en el seno del abismo, los mil peces plateando con sus escamas la superficie temblorosa de las aguas, y el cortejo de aves desconocidas revoloteando por entre los mástiles y siguiendo al barco como al águila sus polluelos; Fr. Melchor figurábase que el Océano era el templo de Dios con el firmamento por bóveda, los astros por lámparas, el murmullo de las olas por canto sagrado y los vientos por mensajeros de la tierra al cielo.

Jamás como entonces se había visto en sus meditaciones tan grande y tan pequeño, tan soberano del universo y tan pendiente de Dios, tan rey y tan nada: *rey*, porque con el timón, de cetro, y las velas, de alas, hendía el pecho del gigante Océano, avanzaba desdeñando sus iras y hacía al viento tributario: *nada*, á la vez que rey, porque nada es un átomo mecido entre dos inmensidades.

Allí consideraba el piélago de la esencia divina, figurada en el piélago sin fondo y sin riberas que bajo sus piés se agitaba. Allí creía él oír la voz de Dios en el rugido de las olas, la mirada de sus ojos

en los astros de las alturas, y la justicia divina en los rayos que por el aire cruzaban. Y entretanto que otros viajeros cantaban romances de su tierra ó platicaban de su dudoso porvenir, clamaba él en el fondo de su cristiano corazón con el Real Profeta: «¡Cuán admirable es Dios en las ondas! ¡cuán admirable en los abismos!»

El 25 de Julio llegaba á la ciudad de Manila, fatigado de cuerpo, pero con más encendidos deseos de irse al reino anamita, donde la persecución rugía con furor creciente.

Tres meses pasó en la capital de Filipinas donde le ofrecieron una cátedra en la Universidad de Manila, conocidas como eran sus brillantes prendas de ingenio y aprovechamiento; mas él se resistió humildemente á aceptar este honroso cargo, y pidió con instancia que le enviaran á Tung-King, á compartir los trabajos de los misioneros y ocupar el puesto de los martirizados: gracia que le fué concedida en atención á su rara virtud y celo de las almas.

En otoño del mismo año Fr. Melchor pisaba las enrojecidas playas de Tung-King después de besarlas como inmensa reliquia bañada con sangre de millares de mártires.

Faltan aquí ahora colores para trazar el cuadro de su vida apostólica en aquellos países, donde la ira del emperador Minh-Manh estallaba como tempestad del Océano sobre las cabezas de los cristianos. Selvas, desiertos, ríos, lagos, son los únicos testigos que podrían referirnos los azares, corridas, sudores, lágrimas, hambre, desfallecimientos, desvelos del apóstol asturiano en diez años de evangelización y persecuciones sufridas de mandarines, esbirros y traidores asalariados; pues con cien ojos abiertos por la saña anticristiana ó la esperanza de vil recompensa, unos y otros espiaban y seguían al misionero, de día, de noche, en los montes, por los caminos, hasta verse precisado Fr. Melchor á enterrarse vivo, dejando en la tierra que cubría la cara un pequeño respiradero para no ahogarse. Pero sucedía, no pocas veces, que los cristianos que le cubrían de tierra no podían volver á tiempo para desenterrarle y darle algún alimento, á causa del riguroso espionaje de los infieles, de donde resultaba pasar horas de mortal angustia por la estrechez y opresión del sepulcro, por el hambre, el frío, la humedad consiguiente, ó por el temor de que, apresados y muertos los cristianos sabedores de tal sepultura, no hubiera quien le ayudase á salir de aquel enterramiento.

Sepultado de día, ó fugitivo por lugares desolados, apenas la noche le ofrecía el abrigo de sus sombras, recorría el futuro mártir, rodeado de cautelas, los pueblos, caseríos, chozas, bautizando á neófitos, alentando á los fieles á sufrir y morir, y administrándoles los santos sacramentos.

El paso de un caminante, el graznido de un ave nocturna, el murmullo de algún arroyo, la linterna de algún cristiano que le esperaba para darle un aviso ó ir en su compañía, eran otros tantos motivos de sobresalto, creyéndolo todo ruído de algún esbirro que le acechaba para asesinarle ó llevarle al mandarín tirano: no que él temiera un sólo momento morir padeciendo mil suplicios, sino porque sentía dejar en orfandad y abandono á tantos cristianos que necesitaban su palabra para vivir y morir por Cristo.

A esa perenne zozobra, desvelos, privaciones y enterramientos, añadía él, á impulsos de su fervor, duras y continuas mortificaciones acompañadas de oración incesante, como medio de merecer para sí y sus queridos fieles la palma del martirio.

«Su espíritu de oración y penitencia era tal, (decía el Ilmo. Señor Fr. Hilario Alcázar, su confesor y Vicario Apostólico del Tung-King Oriental) que no sólo no necesitaba de estímulo para dedicarse á estos santos ejercicios, sino que, por el contrario, muchas veces me ví en la precisión de reprenderle y reconvenirle amigablemente, temiendo se inutilizase para el santo ministerio por sus muchas y grandes mortificaciones. Pasando su vida en un continuo ayuno, parco en la comida, tuvo también que combatir con valor la tentación importuna del sueño que le atormentaba sin cesar.

»Su ardiente celo por la salvación de las almas le hacía pasar casi todo el tiempo en confesar á los cristianos y predicar la divina palabra. Y si alguna vez por enfermedad ó por otras graves ocupaciones omitía estos santos ejercicios, se llenaba de grandes escrúpulos y no cesaba de hablarme ó escribirme hasta que con mis consejos y exhortaciones volvía la paz á su espíritu.

»Infatigable en procurar el bien de las almas y comprendiendo cuán útil sea la lectura de los buenos libros para la conversión de los pecadores y para conservar en la gracia á los justos, daba á la imprenta y distribuía entre fieles é infieles muchos opúsculos escritos por él y por otros misioneros anteriores.»

EL OBISPO.

Tal cúmulo de virtudes y tal abnegación en bien de los cristianos, además de su sabiduría y rara prudencia, hicieron que, luego de haber llegado á Tung-King, fijaran en él sus ojos los misioneros para elegirle obispo y vicario Apostólico de la región central.

En este tan arduo puesto, constituído jefe de cuantos atletas peleaban y morían abrazados con la Cruz de Jesucristo, desplegaba un celo tan apostólico, se multiplicaba en tal forma para alentar á los fieles á morir, que cual si presintiese su próximo martirio, se aceleraba por acabar en los pocos días de su vida lo que equivaliese á un largo período de ministerio apostólico.

Uno de sus ideales más queridos era el rescate de los niños gentiles, arrojados á los campos ó cloacas, en bien de los cuales organizó la asociación de la *Santa Infancia* de modo que se recogieran los más posibles y se bautizaran, enviándolos al cielo.

Nada era bastante para acobardar su corazón y detener sus pasos, en la horribilidad de los empleados suplicios, ni la oscuridad y estrechez de las mazmorras, ni el ver rodar á su lado las cabezas de otros obispos, misioneros y muchedumbre de fieles. El P. Salgot, perecía entonces degollado en una embarcación que creía seguro refugio de su vida; el Ilmo. P. Diaz, oprimido de cadenas, moría también degollado; el Ilmo. Retord, escondido en las selvas, espiraba de hambre y amarguras, mientras 17 de sus compañeros eran desgarrados por los tigres. El tirano Tu-Duc, digno heredero de los Nerones y Diocleciano, preparaba calderas de aceite hirviendo, aspas, ecúleos, tenazas encendidas, para abrasar y despedazar á los adoradores de la cruz. Hacíales arrodillarse sobre una tabla erizada de picas de hierro, colgándose de ellos cuatro forzudos hombres para que las rodillas se cla-

varan en ellas. Tendía á otros sobre dos maderos en forma de cruz, atando fuertemente sus brazos y piés á dichos maderos, y tirando de ellos con violencia hasta descoyuntar sus miembros. Tung-King entero era un inmenso anfiteatro, donde palpitaban las entrañas de miles de mártires, y levantadas en picas se divisaba un bosque de cabezas segadas.

Pero lejos de intimidar á Fr. Melchor tal hecatombe de cadáveres destrozados, tal mar de sangre, tales suplicios preparados para los restantes cristianos, sentíase cada vez más alentado á recorrer los pueblos, enfervorizar á los confesores de Cristo y afrontar él mismo las iras de los tiranos, despreciando sus calderas hirviendo, sus aspas, ecúleos, tenazas, picas, cadenas y cuantos tormentos estaban preparados para él y los suyos.

Ocasión hubo en que, arreciando por demás la persecución contra los cristianos, propuso salir en público y presentarse á los mandarines, deseoso de que lo descuartizaran, ya para dar ejemplo de valor á los perseguidos, ya por el ánsia que él sentía de morir pronto por Cristo.

Cuando por consejo de otros desistió de este pensamiento, como necesaria que era su vida para fortalecer á todos con su presencia, resolvió ensayarse él mismo en el martirio á fin de que los futuros suplicios no le fueran desconocidos. «Al efecto, dice el P. Fr. José Carrera, compañero suyo y hoy maestro de novicios en Avila, lastimaba su cuerpo con cortaduras y otros ingeniosos padecimientos, preparándose así para la muerte que presentía cercana.»

Veamos como nos traza el mismo Fr. Melchor un cuadro de aquella persecución y las fatigas de los fieles y misioneros. En una carta escrita el día de la Ascensión de 1858 al Rmo. P. Fr. Antonio Orge (1) decía: «En el mes de Marzo amainó algún tanto la tormenta; pero Abril entró *furïs invectus*. Todo auguraba un total exterminio. El famoso gobernador y virrey de aquí expidió un bando para que todos los cristianos sin distinción de edades, clase ni categoría, hombres y mujeres, niños y viejos, pisaran la santa Cruz; que los principales de cada pueblo ó barrio hicieran pública escritura de haber abjurado la Religión: cada casa erigiera su altar al ídolo tutelar, y adorara á los dioses caseros; cada pueblo su pagoda..., y para colmo de nuestra

(1) Falleció en el convento de Corias el año 1867.

desdicha dió esta comisión á cuantos deseaban tan bella coyuntura para vengarse de algún resentimiento de sus tatarabuelos. Cuantos pedian patente para hacer de espias, á tantos se les concedia.

«En un año, pues, de tanta hambre, que nos representa muy á lo vivo los de Samaria y Jerusalén, ya puede V. considerar cuál sería la suerte de los cristianos. Por mi parte me reconozco incapaz de poder describirla: sólo referiré alguno que otro hecho históricamente, y ellos son suficientes para que V. conozca que vivimos entre unas hordas de salvajes.

»En el pueblo de Ninh-Cuong, antigua residencia del Rector del colegio, se había derribado todo, y los colegiales y demás familia estaban todos dispersos. Sólo habia uno ó dos legos para cuidar de la huerta. Entra un oficial con dos ó tres espías; prende á uno de ellos, y al salir prenden á un muchacho nuestro que estaba en casa de unos cristianos para arreglar cierto negocio. Aquí tiene V. la guerra encendida: una mujer levanta el grito; no falta quien secunda sus intenciones: el oficial estaba disfrazado: la escolta era insignificante; la pérdida grande: los daños que se seguirían, incalculables; y la gente, irritada y cansada de tantas vejaciones, y sin miramiento ni respeto al que se decia oficial, se opone con todo vigor á sus pretensiones. La escolta abandona al jefe, y éste quedó tan humillado que pedía clemencia.

»Todo se hubiera arreglado si hubieran acudido con plata y comprado al mandarín: omitieron esta fórmula, y la causa está perdida. El oficial era agente del gran mándarín. Este manda un piquete á destruír el pueblo, que tiene más de 10.000 almas. Manda también que lleven algunos crucifijos para que todos pisen la cruz. ¡Qué días de tribulación!

»Unos se escapan, otros se ocultan, algunos se presentan, entre ellos el que hace de cabeza del pueblo, llamado el Oung-Truong-Huy, varón digno de todo elogio, cuya constancia puede competir con la de los primeros fieles.

»En vano le amenazan si no pisa la santa Cruz. No teme el morir. Si le seducen con vanos halagos, los desprecia. Le presentan la canga y la recibe como San Andrés la Cruz. En el pueblo sirve de ejemplo, en el tribunal de apologista de nuestra Religión (es hombre á quien he tratado mucho y me consta su instrucción y su virtud); y en la cárcel sirve de consuelo á sus compañeros. Aun no sabemos la

sentencia que vendrá de la Córte.

«Volvamos á ver las ruínas de Ninh. Las maderas de estas casas, unas quemadas y otras repartidas entre los infieles; los árboles cortados, las cercas destruídas, el beaterio por tierra y las beatas á la calle: el pueblo robado y saqueado, y con una deuda de más de 30.000 reales que han tenido de costas. Dejando los pormenores á la consideración de V., voy á otro susto.

»El Jueves Santo, cuando un nuevo piquete bajaba á reforzar el que estaba causando tantos daños en Ninh-Cuong, estábamos nosotros en Kien-Lao, (pueblo situado á las orillas del río por donde bajaba la tropa, y donde ha sido preso el V. Sr. Delgado) en la función de los Santos Oleos. Habíamos comenzado poco más de media noche y concluído antes de amanecer, todo en paz; pero como había en dicho pueblo tres ó cuatro partidas de espías, todos estábamos con miedo, y así mandé á los Padres que se retiraran enseguida.

»El P. Estévez estaba conmigo, y nos habiamos acostado apenas, cuando llegan corriendo con la noticia de que habían cogido á tres Padres allí mismo. Aquí hubiera visto un hormiguero racional: esta vieja con el cáliz, aquella otra con la casulla, un joven con ornamentos, aquel anciano buscándonos un escondite; todos revueltos, pero todos mudos...

»Los esbirros continuaron obligando á levantar pagodas, etc., pero merced á las limosnas que había recogido el P. Riaño pudimos redimir esta vejación en casi todos los pueblos.

»En estos días volvieron á correr noticias que había venido nueva Real Orden para cojer á este pecador. Yo consulté si convendría presentarme, pero todos respondieron *negative*, y así continúo en este purgatorio.

»El mandarín bajó al pueblo de Kien-Lao: él dijo que venía á coger al europeo que escribe esto, pero que sabía positivamente que hacía días que había salido á la mar, y así que se retiraba.

.....

»Continuamos en la anarquía más completa. Los mandarines, desde el primero hasta el último, sólo piensan en robar, y este año lo hacen virtuosamente: no se escandalice. En vista del hambre tan extremada (yo jamás había visto cosa semejante) quisieron establecer

una como vida común, obligando á los acomodados medianamente á reservar lo preciso é indispensable hasta la cosecha; y quien lo tasa es el mandarín, y así hay que darle la mitad para que deje algo. ¿Y qué hacen de lo que recojen? Repartirlo á los pobres. ¡Quién lo dijera! Tanta filantropía no cabe en un país infiel.

»Pero ¿quiénes son los pobres? El primero y el más necesitado es el gran Mandarín, y así vaya V. calculando y bajando por grados; y mientras ellos pasan las noches en juegos, comidas y comedias, se mueren cien pobres á sus puertas, entre ellos muchos que años antes daban limosnas, y en este perecen de miseria. Basta de cuitas, y en recompensa voy á darle un alegrón.

»El Señor nos ha consolado con la cabeza del venerable Sr. Díaz que hallaron estos días unos pescadores cristianos, y que reconocida competentemente la conservan aquí con la debida veneración. Cuando tenga proporción pienso mandar á Ocaña las cadenas con que estuvo cargado; pues no dudo será un fuerte lazo que unirá á este Vicariato con aquel hermoso plantel de ciencia y virtud, y en memoria de su protomártir rogará al cielo para que levante el azote con que visita al rebaño que en otro tiempo cuidara aquel celoso pastor. (1)

»El 22 de Febrero fué decapitado el P. Hien, y después de muerto le injuriaron é insultaron cuanto quisieron. Actualmente hay un sinnúmero de cristianos presos.

»Adios...: si ésta es la última, hasta el cielo. Adios. *Fray Melchor.*»

Fué en efecto la última carta que el venerable mártir pudo escribir á España. La vigilancia de los perseguidores se aumentó contra él; los espías le buscaban con afán, esperando tanto mayor premio cuanto era importante el perseguido.

Convencido de su cercana prisión y muerte, Fr. Melchor se apresuró á nombrar y consagrar sucesor suyo, que lo fué el Padre Berrio-Ochoa, no mucho después martirizado como su consagrante. Hé aquí cómo dicho Padre refiere la escena de su consagración, tan parecida á las que tenían lugar en las catacumbas de Roma:

«En la antevíspera de la consagración, viendo que no había me-

(1) Era este venerable mártir de Suegos (Lugo) donde nació en 1818. Estudió en el Seminario de Lugo y en la Universidad de Santiago.

dio de poder hacernos con las vestiduras necesarias para la sagrada ceremonia, el Sr. Vicario Apostólico (Fr. Melchor) y yo tomamos nuestras agujas y comenzamos á hacer de sastres. Y lo peor era que las puertas estaban cerradas, y quedábamos privados de tener la satisfacción de ver unas obras tan acabadas. Gracias á Dios que el día siguiente retiramos nuestros remiendos, porque, aunque con trabajo, llegaron á tiempo unas vestiduras decentes.

»El día destinado para la consagración era la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo; pero era tan triste el aspecto que presentaban las cosas de la religión, que para no llorar nuevas desgracias sobre las pasadas, nos pareció prudente anticiparla al domingo tercero *post octavam Trinitatis*.

»Nos reunimos, pues, el sábado anterior el Sr. Vicario Apostólico, el P. Vicario Riaño, el P. Carrera y yo en una casa prestada de limosna, y á eso de las dos de la mañana del domingo comenzamos la ceremonia sagrada.

»Como no habia canto ni pensamiento de esta solemnidad accidental, se pudo concluir al amanecer; y por la noche, del mismo día cada uno se retiró á su escondite.»

EL MÁRTIR.

Pocos días después de consagrar sucesor, el 8 de Julio de 1858, caía preso el venerable Sampedro, y atado con cadenas y encerrado en una jaula, era llevado á la capital para sufrir la sentencia de muerte. «El día anterior por la noche, dice el V. Berrio-Ochoa, se salió del pueblo en que estaba escondido; pero por más que anduvo toda la noche, tentando los caminos, por si podía hallar uno por donde salir y alejarse, todos los halló impedidos por los soldados que venían á sitiar aquella población: así que, al acercarse el día se vió precisado á volver al mismo pueblo y esconderse en una casa. Una gran multitud de soldados sitiaron aquel día algunas casas que estaban unas junto á otras; pero, por fortuna, la casa donde se había ocultado D. Fray Melchor García, no estaba comprendida en el sitio. Cerca de la media noche salió de aquella casa y población, y cuando se podía creer ya seguro, tropezó con algunos otros soldados y cayó en sus manos.

»A un escribiente suyo, que le habían cogido con él, le azotaron inhumanamente y le arrancaron con tenazas dos pedazos de carne, queriendo obligarle á confesar si había más europeos. Fué muy paciente en el tormento y muy cauto en el hablar.»

Veinte días estuvo encerrado en horrenda cárcel el confesor de Cristo cargado siempre de enorme cadena y devorando además las injurias y suplicios que son de suponer en unos carceleros, ministros de nuevos Tiberios, Dioclecianos y Maximianos, que tal saña tenían al jefe de los cristianos por tanto tiempo buscado.

El día 26 de dicho mes, por la noche, hizo el gran Mandarín

conducir á su pretorio al venerable preso; y aunque no se sabe lo que entonces le diría, es de suponer que después de toda suerte de amenazas le advertiría qué género de tormento le esperaba; pues al día siguiente advirtió el venerable señor á los que le daban el alimento, que no le trajesen más ropa que un pantalón para ir al suplicio.

El día 28, á eso de las siete de la mañana, salieron de la ciudad para el lugar del martirio la tropa armada, los elefantes, caballos, mandarines y multitud de pueblo. En pos de esta fúnebre comitiva salieron otras tropas conduciendo al suplicio á dos jovenes, fámulos del V. Obispo, presos juntamente con él, los cuales salieron por la puerta del Norte, llevando los dos su pesada carga al cuello.

Llegada que fué la tropa al lugar señalado, formó un gran circulo, y el verdugo ató fuertemente á los dos jóvenes á dos palos, distantes uno de otro como unos seis codos. Después de una hora de tormento y amenazas, esperando de ellos la apostasía, sacaron al Venerable Sampedro por otra puerta llamada de Oriente, rodeado de un aparato terrorífico.

Iba el Ilmo. Señor cargado con la pesada cadena, casi desnudo, con el pantalón levantado hasta la parte superior de los muslos, el breviario en sus manos, conducido en medio de veinte esbirros con espadas desenvainadas, por las calles públicas á vista de toda la gente, haciéndole muchas veces atravesar por medio de los lodazales.

El aparato con que le conducían parecía más bien el de un ejército que se va á batir con enemigo poderoso. Formábanlo unos quinientos hombres con elefantes, caballos y el horrísono sonido de las trompetas y atabales. Fatigado, abatido, cubierto de lodo, llegó la venerable víctima al lugar del suplicio.

Al encontrarse con sus dos amados discípulos, atados como estaban cruelmente á las estacas, les exhortó á la perseverancia en el martirio y los bendijo por última vez. Momentos después sonó la voz estentórea del Mandarín ordenando el degüello de los dos jovenes, y después que descuartizaron al *Cu* (nombre de dignidad que se dá á los sacerdotes católicos).

A una segunda voz del tirano comenzaron á descargar golpes sobre el cuello de uno de ellos, y al tercero cayó por el suelo rodando

la cabeza separada del cuerpo. Cogióla inmediatamente un verdugo y con aire de triunfo y ensañamiento la arrojó por el aire para que de todos fuera vista. Llamábase este joven mártir *Tiep*.

Dirigiéndose luégo al compañero, de un solo tajo le cortaron el cuello, haciendo con su cabeza la misma operación explicada. Era el nombre de este otro joven *Hien*.

Enardecida la saña de tiranos y verdugos con la sangre de aquellos dos adalides, se van hacia el venerable obispo, ansiosos de saciar en él su infernal enfurecimiento. Uno de los verdugos extiende en el suelo una esterilla y sobre ella una manta; rompe la cadena que oprimía al gran atleta de Cristo, y le manda tenderse boca arriba sobre aquella estera. Habíanle arrebatado á S. S. Ilma. toda su ropa, dejándole solo el pantalón levantado en la forma dicha.

Estando ya tendido, mirando al cielo, uno de los verdugos clava en el suelo dos estacas en dirección de las manos, pero á una distancia adonde estas no podían llegar. Se las amarran con cordeles, tiran de ellos, y crugiendo toda la caja de su pecho las hacen llegar á las estacas. Otras dos iguales las clavan por bajo los brazos y las juntan por encima del pecho, oprimiéndolo de horrible manera. Plantan luégo otras dos cerca de los piés para atarlos á ellas, estirándolos de la misma inhumana manera que las manos; y finalmente otras dos más al lado de cada muslo, amarrándolas por encima hasta juntarse como las del pecho.

Y comienza la carnicería.

Óyese una voz que dice: «Córtenle primero las piernas, luego los brazos, después la cabeza, y por fin que se le arranquen las entrañas.»

Apréstanse cinco verdugos con sus hachas preparadas.

La multitud guarda silencio profundo.

El Mandarín montado en su elefante despide por su boca espuma, por sus ojos rayos.

Unos tiemblan, otros sienten en su corazón gozo maldito.

El venerable Fr. Melchor fija su vista amorosa en el cielo y comienza á invocar los dulcísimos nombres de Jesús, María y José.

Las hachas con que iban á despedazarle no tenían corte, á fin de que el tormento fuese más prolongado. Doce, ó más, golpes descargan sobre cada pierna, cortándolas por sobre las rodillas. A cada ha-

chazo estremécese el cuerpo entero, encógense los nervios y la sangre salta á chorros sobre los verdugos.

Antes que por completo se desangrase, descargan unos siete golpes sobre cada brazo y los separan del tronco.

El mártir que hasta entonces no había cesado de repetir el nombre de Jesús á cada hachazo que recibía, pierde el habla á la vez que se le iba la sangre.

Los verdugos se apresuran á cortarle la cabeza antes que espire. Nada ménos que quince golpes descargan sobre su cuello para troncharlo.

Cual hienas feroces lánzanse sobre el tronco: con un cuchillo le abren de parte á parte el vientre, y con un garfio le extraen las entrañas ¡Oh fiereza inaudita! ¡Oh infernal encarnizamiento!

Envueltos en la misma estera, cojen el cuerpo, las piernas y los brazos, y los arrojan á un hoyo allí cerca preparado. Aguijan á los elefantes para que pasen por encima y los trituren; pero los elefantes, á pesar de mil esfuerzos de los mandarines y verdugos, se resisten á pisotear los restos del mártir del Señor. Una y otra vez los empujan á saltar por encima; pero no hay fuerza humana que los mueva del sitio, sino es para huir, condenando la iniquidad y fiereza de los hombres.

La cabeza del atleta de Cristo fué llevada á la puerta del Mediodía de la ciudad, donde á golpes quedó hecha pedazos y por fin arrojada á la mar. Y el hígado y el corazón, fueron colgados en un edificio público, situado á la puerta de Oriente.

Así tan horrorosamente fué martirizado el ilustre asturiano, el infatigable misionero, el santo obispo Fr. Melchor García Sampedro, cuando sólo 37 años y 3 meses contaba de su preciosa vida. (1)

---

(1) La noticia tan detallada de este martirio se debe á un cristiano que disfrazado lo estuvo presenciando. Los mutilados restos fueron con reverencia recogidos por los fieles, como reliquias venerandas, y guardados y honrados religiosamente, ménos la cabeza que, hecha pedazos como queda dicho, fué por los verdugos arrojada á la mar.

CONCLUSIÓN.

En el sínodo diocesano celebrado en Oviedo los tres primeros días de Setiembre de 1886, un individuo de aquella numerosa asamblea se levantó proponiendo la adquisición de los restos del mártir para venerarlos en la catedral. La proposición fué recibida como un mensaje de lo alto. Con ojos rebosando júbilo y voz fuerte contestan todos sin excepción repitiendo el mismo *placet*. Los fieles todos de Asturias allí representados protestan amor y veneración á su protomártir y claman por él para besar su tumba é implorar su divino valimiento.

Pero cuanto anhelan los asturianos los venerandos restos de su héroe tanto lloran los fieles tunquinos su pérdida, y ruegan é instan que no los arrebaten su adorado tesoro. El Ilmo. Señor D. Fr. Wenceslao Oñate, sucesor del mártir en el vicariato central, logra aquietar á éstos, si bien dejándoles el brazo derecho que tantas veces el venerable mártir había levantado para bendecirlos.

El día en que ésto se escribe estarán llegando á España tan venerandas reliquias. Oviedo se apresta bullicioso á recibirlas con toda la ardiente fe y entusiasmo patrio que distinguen á sus habitantes. El clero, las autoridades, los profesores de la Universidad, los potentados rivalizan en afán porque el recibimiento y fiestas correspondan á la grandeza del atleta y á la hidalguía asturiana. Y en la catedral se levantará un sarcófago suntuoso donde sean recogidos y venerados esos restos, esperando el sonido de la final trompeta que los llame á unirse á su bendita alma.

¡Sea su presencia en Oviedo prenda de felicidades y plegária perenne en bien de Asturias!

Fr. Paulino Álvarez.